

El primero de estos rios se llama el Queroqués ó el Teneseo, que saliendo de los montes que separan las Carolinas y las Georgias de las tierras llamadas del Oeste, corre de Oriente á Occidente por su falda con una corriente rápida y tumultuosa en esta primera parte de su curso: en seguida se dirige súbitamente al Norte, y engrosado con muchos afluentes, derrama sus aguas por las tierras que le costean, deteniendo sus ondas como para descansar despues de una huida precipitada de cuatrocientas leguas. A su embocadura, tiene seiscientas toesas de ancho y en un estrecho llamado Gran-Rodeo, presenta una cascada de una legua de extension.

El segundo rio, conocido con el nombre de Shanawon ó el Cumberland, es el compañero de Queroqués ó del Teneseo, y despues de haber pasado con él su infancia en las mismas montañas, desciende tambien con él á las llanuras. Hacia la mitad de su carrera, obligado á abandonar el Teneseo, se apresura á correr lugares desiertos; y los dos gemelos, aproximándose hácia el final de su vida, espiran á alguna distancia uno de otro, en el Ohio que los reune.

El país que riegan estos rios está generalmente entrecortado de colinas y valles, regados por una multitud de riachuelos; pero esto no obstante en el Cumberland se ven sembradas algunas llanuras de cañas, y grandes extensiones de terreno cubiertas de cipreses. Los búfalos y las cabras abundan en este país, habitado aun por naciones salvajes, y particularmente por los Queroqueses. Los cementerios indios son frecuentes: triste prueba de la antigüedad de estos desiertos.

Ya he dicho que el camino del gran bosque de cipreses del Ohio, á los bancos Amarillos, se calcula en cincuenta y seis millas proxiamamente; y ahora añadiré que los bancos Amarillos se llaman así del color que les es propio: colocados en la orilla septentrional del Ohio, continuamente se ven lamidos por la corriente, en extremo caudalosa en esta parte. El Ohio tiene en casi toda su extension dos riberas, una para la estacion de los desbordamientos, y otra para los tiempos de sequía.

De los bancos Amarillos hasta la embocadura del Ohio, en el Misisipi, por los 36° 51' de latitud, se cuentan proxiamamente treinta y cinco millas.

Para describir acertadamente la confluencia de los dos rios, es preciso suponer se parte de una pequeña isla situada bajo la ribera oriental del Misisipi y se entra en el Ohio: á la izquierda se descubre el Misisipi, que corre en este estrecho casi de Este á Oeste, y presenta una gran masa de agua turbia y tumultuosa; á la derecha, el Ohio, transparente como el cristal y pacífico como el aire, viene lentamente del Norte al Sur describiendo una curva graciosa, y ambos en las estaciones medias, tienen cerca de dos millas de ancho en el momento de su encuentro. El volumen de sus aguas es casi el mismo; y los dos rios, oponiéndose una resistencia igual, detienen su curso y parecen dormir juntos durante algunas horas en su lecho comun.

El punto donde confunden sus aguas está elevado como unos veinte piés sobre las aguas; y este cabo cenagoso, compuesto de limo y arena, se cubre de cañamo silvestre y de una especie de vid que se arrastra por el suelo ó trepa á lo largo de los tallos de la yerba de búfalo; las encinas-sauces crecen tambien en aquella lengua de tierra que desaparece en las grandes inundaciones; y los rios desbordados y confundidos, ofrecen á la vista un vasto lago.

La confluencia del Missouri y del Misisipi ofrece tal vez un espectáculo mas extraordinario. El Missouri, rio fangoso de aguas blancas y cenagosas, se precipita con violencia en el puro y tranquilo Misisipi, y arrancando de las riberas grandes trozos de arena en la estacion florida, forma islas flotantes que bajan por

su corriente con sus árboles cubiertos de hojas y de flores, y que ora en pié, ora medio caidos, presentan una escena maravillosa.

De la embocadura del Ohio á las minas de hierro de la costa oriental del Misisipi, se cuentan solo quince millas de distancia; y de las minas situadas á la embocadura del rio Chicassas, sesenta y siete, necesitándose andar ciento cuatro millas para llegar á las colinas del Margeta, que riegan el pequeño rio de su nombre: sitio en que abunda extraordinariamente la caza.

¿Qué causa extraña produce el encanto de la vida salvaje? ¿por qué el hombre mas acostumbrado á ejercitar su pensamiento, se olvida alegremente de sí mismo en el tumulto de una cacería? Correr por los bosques, perseguir las bestias montaraces, construir la choza que ha servir de abrigo, encender la hoguera protectora, llevar uno mismo el alimento que ha de restaurar las fuerzas perdidas, y situarse al lado de una fuente, son ciertamente placeres indescriptibles; y tanto es así, que muchos europeos han reconocido la importancia de este goce y lo han preferido á otros mil, mientras que el indio muere de pesar si se le encierra en el reducido limite de nuestras ciudades. Esto prueba que el hombre es mas bien un ser activo que un ser contemplativo; que en su condicion natural abraza pocas necesidades, y que la sencillez del alma es una fuente inagotable de dicha.

Desde el rio Margeta al de San Francisco se recorren setenta millas; y este que debe su nombre á los franceses, es aun para ellos el sitio de reunion para la caza.

Desde el rio de San Francisco á las Akansas ó Arkansas se cuentan ciento ocho millas, y aun cuando los habitantes de este país son los que mas nos estiman, todos los indios, en general, aprecian mas á mis compatriotas que á ninguno de los demás europeos, debiéndose sin duda esta diferencia al genio alegre de los franceses, á su extraordinario valor, á su afición á la caza y aun á la vida salvaje, como si la civilizacion en su extension mas lata se aproximase al estado natural.

El rio Akansas es navegable en canoa en mas de cuatrocientas cincuenta millas, y corre á través de una hermosa comarca; el nacimiento de este rio parece ocultarse en las montañas del Nuevo-Méjico.

Del rio de los Akansas al de los Yazous, hay ciento cincuenta y ocho millas, contando este último cien toesas de ancho en su embocadura. En la estacion lluviosa puede el Yazou ser navegable por grandes bajeos en mas de ochenta millas de extension, obligándoles á tomar una travesía una pequeña catarata que en él se forma. En otro tiempo habitaban los diversos brazos de este rio los Yazous, los Chactas, los Chicassas, y los Natchez, que formaban un solo pueblo con los primeros.

La distancia que media entre los Yazous y los Natchez, cruzándola por el rio, se divide de este modo: desde las costas de los Yazous al Bayouk-Negro, treinta y nueve millas; del Bayouk-Negro al rio de las Piedras, treinta, y del rio de las Piedras á los Natchez, diez.

Desde las costas de los Yazous hasta el Bayouk-Negro, el Misisipi está sembrado de islas, y dando diversas vueltas y revueltas, ofrece en sus dimensiones dos millas de ancho proxiamamente, por ocho ó diez brazas de profundidad. Esta distancia se disminuiría, sin embargo muy fácilmente, cortando las puntas de tierra que hacen tan tortuoso su curso, pues la distancia de Nueva-Orleans á la embocadura del Ohio, que solo es de cuatrocientas sesenta millas en línea recta, es de ochocientos cincuenta y seis por el rio, trayecto que podria reducirse á menos de doscientas cincuenta millas.

El espacio que media entre el Bayouk-Negro y el

DESCRIPCION DE ALGUNOS SITIOS EN EL

INTERIOR DE LAS FLORIDAS.

Éramos impelidos por un viento fresco. El rio iba á perderse en un lago que se abria á nuestra vista, y que formaba un recinto de cerca de nueve leguas de circunferencia. Tres islas se elevaban en medio de aquel lago, y haciendo vela hácia la mayor, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Desembarcamos en la orilla de un llano de forma circular, y pusimos al abrigo nuestra canoa bajo un grupo de castaños que crecian casi en el agua. Construimos nuestra choza en una pequeña eminencia, acompañándonos en nuestra faena la brisa, que silbando, refrescaba con su soplo el lago y las selvas. Nos desayunamos con galletas de maiz y nos dispersamos en la isla, unos para cazar y otros para pescar ó coger plantas.

Allí observamos una especie de hibiscos, yerba enorme que crece en los lugares bajos y húmedos, se eleva á mas de diez ó doce piés, y termina en una cono extremadamente agudo; las hojas lisas, ligeramente surcadas, están avivadas por bellas flores carmesíes que se descubren á gran distancia.

El agave vivíparo crecia aun á mayor altura en aquella puertos salados, y presentaba una selva herbácea de treinta piés de altura. La semilla madura de aquella planta germina muchas veces sobre la planta misma, de suerte que la nueva cae á tierra en todo su incremento. Como el agave vivíparo crece frecuentemente á la orilla de las aguas corrientes, sus semillas desnudas arrebatadas por las ondas estarian expuestas á perecer; pero la naturaleza, siempre previsora, las ha hecho desarrollarse en la planta madre para prevenir estos casos particulares y para que con este objeto puedan fijarse en tierra por sus pequeñas raices, escapándose, por decirlo así, del seno materno.

La pincia de América es comun en la isla, y su tallo, parecido al de un junco nudoso, está adornado de hojas como las del peral: los salvajes la llaman *apoyamasi*. Las jóvenes indias de mala vida machacan esta planta entre dos piedras y se frotan con ella el seno y los brazos.

Atravesamos una pradera sembrada de jacobees de flores amarillas de alceas, de penachos de color de rosa, y de obelias de zumo purpúreo; y los ligeros vientos que reinaban jugueteando con las copas de estas plantas, ya mecian aquellas masas formando oleadas doradas, rosadas ó purpúreas, ya trazaban en la verdura profundos surcos.

La polygala, tan abundante en los terrenos cenagosos, se asemejaba por su forma y color á los *senins* del mimbres rojo, y sus ramas, ya se arrastraban por la tierra ya se elevaban en el aire: esta planta tiene un cierto sabor amargo y aromático. Junto á ella crecia el convólculo de las Carolinas, con hojas lanceoladas, y ambas se encuentran allí donde hay serpientes de cascabel; la primera cura su mordedura, y la segunda es tan poderosa, que los salvajes, despues de haberse frotado bien las manos con ella, manejan impunemente estos formidables reptiles. Los indios cuentan que el Gran Espíritu ha tenido piedad de los guerreros de la carne roja y de las *piernas desnudas*, y él mismo ha sembrado aquellas yerbas saludables, á pesar de la reclamacion de las almas de las serpientes.

Reconocimos la serpentaria en las raices de los árboles corpulentos; el árbol para el dolor de muelas, cuyo tronco y ramas espinosas abundan en protuberancias del grueso de un huevo de paloma; y la arctostá ó cañalija, cuya cereza roja crece entre los musgos y cura los flujos hepáticos. El rhamnus que tiene la

rio de las Piedras, está sembrado de canteras, las primeras que se encuentran desde la embocadura del Misisipi hasta este pequeño rio, que ha tomado de ellas su nombre.

El Misisipi está sujeto á dos inundaciones periódicas, una en primavera y otra en otoño, siendo la primera la mas considerable, pues empieza generalmente en mayo y acaba en junio; durante este período corre cinco millas por hora, velocidad que con corta diferencia llevan en su ascension las contra-corrientes; admirable prevision de la naturaleza! porque sin estas contra-corrientes á duras penas podria surcarse el rio (1). En aquella época el agua se eleva á gran altura, é inundando las riberas, no torna al seno del rio de donde ha salido, sino que á semejanza de las aguas del Nilo, permanece en el terreno que ha anegado, ó filtrándose penetra el suelo, que deja abonado con un fértil sedimento.

La segunda crecida tiene lugar á consecuencia de las lluvias de octubre, pero no es tan considerable como la de la primavera. Durante estas inundaciones el rio arrastra grandes trozos de madera y hace oír mugidos terribles. La velocidad ordinaria de la corriente de este rio es de cerca de dos millas por hora.

Las tierras de escasa elevacion que costean el Misisipi, desde Nueva-Orleans hasta el Ohio, están casi todas en la orilla izquierda; pero se acercan ó alejan á mayor ó menor distancia del canal, dejando algunas veces entre ellas y el rio grandes sábanas de muchas millas de anchura. Las colinas no siempre cubren paralelamente la orilla, pues tan pronto divergen en forma de rayos á largas distancias, y presentan en las perspectivas que ofrecen, valles plantados de mil clases de árboles, ó vienen á converger al rio y forman una multitud de cabos que se retratan en las ondas. La ribera derecha del Misisipi es plana, cenagosa y no ofrece el menor accidente, con cortas excepciones, viéndose solo brincar á los búfalos por entre las altas cañas verdes ó doradas que la decoran, ó brillar las aguas de una multitud de estanques llenas de aves acuáticas.

Los peces del Misisipi son la perca, el sollo, el esturion y otros, pescándose tambien langostas enormes.

Las tierras situadas alrededor del rio, producen el ruibarbo, el algodón, el añil, el azafran y el lino silvestre; un gusano del país hila una seda bastante fuerte; el azadon saca de algunos riachuelos ostras de perlas, nacidas en unas aguas que no ofrecen la menor belleza, y se conoce una mina de azogue, otra de lapis-lázuli y algunas de hierro.

El resto del manuscrito contiene la descripcion del país de los Natchez, y la de la corriente del Misisipi hasta Nueva-Orleans, descripciones que se hallan completas en la *Atala* y los *Natchez*.

Inmediatamente despues de la descripcion de la Luisiana, se hallan en el manuscrito algunos extractos de los viajes de Bartram, traducidos por mí con bastante cuidado, y á los que he intercalado reflexiones, rectificaciones, observaciones, adiciones y descripciones propias, poco mas ó menos como las notas puestas por Mr. Ramond á su traduccion del *Viaje de Coce en Suiza*. Pero en mi trabajo, el todo está mucho mas enlazado; de modo, que no solo es casi imposible separar lo que es mio de lo que pertenece á Mr. Bartram, sino que es dificilísimo reconocerlo. Dejo, pues, este trozo tal y como está bajo el título de

(1) Esta dificultad está vencida con los barcos de vapor.

propiedad de cazar las culebras, brotaba vigorosamente en las aguas estancadas cubiertas de moho.

Un espectáculo inesperado hirió nuestras miradas: descubrimos una ruina india situada sobre una elevación a la orilla del lago: hacia la izquierda se levantaba un cono de tierra de cuarenta a cuarenta y cinco pies de alto, y de este cono partía un camino antiguo, trazado por entre un magnífico bosque de magnolias y encinas verdes, que iba a desembocar en una sabana. Algunos fragmentos de vasos y diferentes utensilios estaban dispersos en todas direcciones y aglomerados con fósiles, conchas, petrificaciones de plantas y osamentas de animales.

El contraste de aquellas ruinas con la juventud y lozanía de la naturaleza, aquellos monumentos humanos en un desierto donde creíamos ser los primeros que penetraban, nos causaron una sorpresa extraordinaria. ¿Qué pueblo había habitado aquella isla? Su nombre, su raza y el tiempo de su existencia todo era desconocido; vivió tal vez cuando el mundo que lo ocultaba en su seno era aun ignorado de las otras tres partes de la tierra. El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido que hacían grandes naciones europeas, caídas a su vez en el silencio, y que no han podido legarnos sino ruinas.

Examinamos las del desierto: de las cavidades arenosas del túmulo salía una especie de adormidera de flor rosácea, al fin de un tallo inclinado de color verde pálido. Los indios sacaban de la raíz de aquella adormidera una bebida soporífera, y así el tallo como la flor, tenían un olor agradable que se comunicaba a la mano cuando se la tocaba. Esta planta había sido creada para adornar la tumba de un salvaje: sus raíces producen el sueño, y el perfume de su flor, sobreviviendo a la flor misma, es una imagen tierna del recuerdo que deja en la soledad una vida inocente.

Continuando nuestro camino y observando los musgos, las gramíneas inclinadas, los arbustos desmelenados y aquella multitud de plantas de aspecto melancólico, propias para decorar las ruinas, observamos una especie de *cenetherus* piramidal de siete a ocho pies de altura, con hojas oblongas y dentadas y de un verde negruzco y flor amarilla. Esta flor empieza a abrirse por la tarde, y permanece en este estado toda la noche; la aurora la encuentra en todo su brillo; pero hacia la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio día: cierto es que no vive mas que algunas horas, pero las pasa bajo un cielo sereno. ¿Qué importa entonces la brevedad de su vida?

A algunos pasos de allí se extendía una faja de mimosas ó sensitivas, plantas que en las canciones de los salvajes, merecen el honor de ser el símbolo del alma de una joven. (1)

Al volver a nuestro campo atravesamos un riachuelo cuyas orillas estaban sembradas de dioneas, zumbando en torno nuestro una multitud de efímeras. Había también en aquel parterre tres especies de mariposas, una blanca como el alabastro, otra negra como la pez, con alas listadas de amarillo, y la tercera con cola hendida y cuatro alas barreadas de azul y sembradas de anillos purpúreos. Estos insectos atraídos, por las dioneas, se posaban sobre ellas; pero apenas habían tocado sus hojas se cerraban estas y envolvían su presa.

Vueltos a nuestro ajoupa fuimos a pescar para consolarlos del poco éxito de la caza. Embarcados en la canoa con las redes y la liga, costeamos la parte oriental de la isla rozando con las algas extendidas a lo largo de aquellos cabos sombreados por frondosas arboledas: la trucha era tan voraz que le poníamos anzuelos sin cebo; pero el pez que mas abundaba en aque-

(1) Todos estos diversos pasajes son míos; pero debo conceder a la verdad histórica que si viese hoy las ruinas indias de Alabama, rebajaría mucho su antigüedad.

llas aguas era el llamado *de oro*. Imposible es ver cosa mas bella que este pequeño rey de las ondas: tiene cerca de cinco pulgadas de largo; su cabeza es de color ultramar; sus costados y vientre brillan como el fuego; una faja longitudinal de color oscuro atraviesa sus costados, y el iris de sus anchos ojos resplandece como el oro bruñido. Este pez es carnívoro.

A alguna distancia de la ribera, y a la sombra de un ciprés-calvo, observamos unas pequeñas pirámides cenagosas, que elevándose debajo del agua, llegaban hasta su superficie. Una legión de peces de oro sitiaba en silencio aquella ciudadela. Repentinamente el agua se remueve y los peces de oro huyen. Varios cangrejos armados de tijeras salen de la plaza insultada y llenan de turbación a sus brillantes enemigos. Pero bien pronto las bandadas esparcidas vuelven a la carga, haciendo replegar a su vez a los sitiados, y la brava pero lenta guarnición, entra reculando en la fortaleza para reponerse del sobresalto.

El cocodrilo flotando como el tronco de un árbol, la trucha, la perca, y otros, entre ellos, el salgo, el pez-tambor y el pez de oro, todos enemigos mortales unos de otros, nadan en confusión en el lago, y parecen haber hecho tregua a fin de gozar en común de la hermosura de la tarde, pintándose el fluido azulado con sus cambiantes colores. Las ondas estaban tan puras, que se hubiera creído poder tocar con el dedo a los actores de aquella escena que se solzaban a veinte pies de profundidad en su gruta de cristal.

Para volver a ganar la bahía donde teníamos nuestro campamento, no tuvimos que hacer mas que dejarnos llevar por las aguas y las brisas: el sol se acercaba a su ocaso, y en el primer plano de la isla aparecían encinas verdes, cuyas ramas horizontales formaban una especie de parasol, y azaleas que brillaban como redes de coral.

Detrás de este primer término se elevaban los árboles mas encantadores de aquella region, entre los que descuellan los papayas con su tronco recto, gris y entretrejido, que sostiene a la altura de veinte y cinco pies un grupo de largas hojas dobladas por su costilla, y que se dibujan como la S graciosa de un vaso antiguo. Los frutos, en forma de pera, están colocados alrededor del tallo, y fácilmente se los confundiría con el cristal, pareciendo el árbol entero una columna de plata cincelada, coronada por una urna corintia.

Y por último, en el tercer término se elevaban gradualmente en el aire las magnolias y los liquidámbares.

El sol se ocultaba por detrás de la cortina de árboles de la llanura, y a medida que descendía, los movimientos de la sombra y de la luz daban un carácter mágico a todo el cuadro: allí se deslizaba un rayo a través de la copa de una haya y brillaba como un carbunclo engastado en el follaje sombrío; aquí la luz divergía entre los troncos y las ramas, y proyectaba en los céspedes columnas prolongadas y enrejados móviles. En el cielo se veían nubes de todos colores, unas fijas, imitando gruesos promontorios ó antiguas torres cercanas a un torrente; otras flotando en forma de humaredas rosadas ó capullos de seda blanca. Un momento bastó para cambiar la escena aérea; y entonces se vieron bocas de fuego inflamadas, grandes montones de brasas, rios de lava, paisajes ardientes. Las mismas tintas se repetían sin confundirse: el fuego se destacaba del fuego, el amarillo pálido del amarillo pálido, el violeta del violeta: todo estaba resplandeciente, todo cubierto, penetrado, saturado de luz.

Pero la naturaleza se burla del pincel de los hombres, pues cuando se cree que ha agotado su mayor belleza, sonríe y se embellece de nuevo.

A nuestra derecha estaban las ruinas indias; a nuestra izquierda nuestro campamento de cazadores. La isla desarrollaba ante nosotros sus paisajes grabados ó modelados en las ondas. Al Oriente, la luna,

tocando el horizonte parecía reposar inmóvil en las costas lejanas, y al Occidente, la bóveda celeste parecía fundida en un mar de diamantes y zafiros, en el cual el sol medio abismado, parecía disolverse.

Los animales de la Creación, parecían como nosotros, admirados de aquel grandioso espectáculo: el cocodrilo vuelto hacia el astro del día, lanzaba por su inmensa boca el agua del lago en borbotones, que al salir de aquella sima se tenían con la luz crepuscular; el pelicano, subido en una rama desecada, loaba a su manera al Señor de la naturaleza, mientras que la cigüeña se elevaba para bendecirle mas allá de las nubes!

Nosotros te cantaremos también, Dios del universo, ¡tú que prodigas tantas maravillas! La voz de un hombre se elevará con la voz del desierto; tú distinguirás los acentos del débil hijo de la mujer, en medio del rumor de las esferas que tu mano hace rodar, del mugido del abismo cuyas puertas has sellado.

A nuestra vuelta a la isla tuve una comida excelente: truchas frescas guisadas con cogollos de cañalijas, eran un bocado digno de la mesa de un rey, y por lo tanto era mas que un rey. Si la suerte me hubiera colocado en el trono, y una revolución me hubiese precipitado de él, en lugar de arrastrar mi mísera existencia en Europa, como Carlos y Jacobo, hubiera dicho a los ambiciosos: «Envidiais mi puesto, pues bien, ensayad el oficio y vereis que no es tan apetecible. Degollaos por mi vetusto manto; yo voy a gozar en las selvas de la América de la libertad que me habeis dado.»

Tuvimos un vecino convidado a comer: un agujero próximo a nosotros, y que se asemejaba bastante al cubil de un tejón, era la morada de una tortuga: el solitario salió de su gruta, y se puso a comer gravemente a la orilla del agua. Estas tortugas difieren poco de las de mar, pues solo tienen el cuello mas largo. Concedimos la vida a la reina de la isla.

Después de comer me senté solo en la ribera, y no se escuchaba otro ruido que el flujo y reflujo del lago prolongado a lo largo de las playas: las moscas de luz brillaban en la sombra, eclipsándose al pasar por los parajes alumbrados por la luz de la luna. Mi contemplación nocturna me condujo a esa especie de éxtasis de los viajeros, que abstraéndolos completamente, no conservan el menor recuerdo de sí mismos, y en aquel momento me sentía unido a la existencia del Gran Todo y vejetar con los árboles y las flores. Esta es sin duda, la disposición de alma mas dulce para el hombre, porque entonces es feliz, pues hay en sus placeres cierto fondo de amargura, un no sé qué, que se pedría llamar la tristeza de la dicha. El éxtasis del viajero es una especie de plenitud de corazón y de vida intelectual que le deja gozar pacíficamente de la existencia: el pensamiento es el que turba la felicidad que Dios nos concede, porque el alma es pacífica, el espíritu inquieto.

Cuentan los salvajes de la Florida, que en una isla situada en el centro de un lago, viven las mujeres mas hermosas del mundo, y que los Muscogulos han querido intentar muchas veces la conquista de la isla mágica; pero huyendo ante sus canoas, las mansiones eliséacas, concluían por desaparecer: imagen natural del tiempo que perdemos en la prosecución de nuestras quimeras. En este país había también una fuente que daba la juventud: ¿quién querría rejuvenecerse?

Al día siguiente abandonamos la isla antes de salir el sol, atravesamos el lago, y entramos en el rio que anteriormente habíamos bajado. Este rio estaba lleno de caimanes, animales peligrosos en el agua, sobre todo en el momento del desembarco. En tierra un niño puede adelantarse con solo andar al paso ordinario; pero para evitar sus celadas se prende fuego a las yerbas y matorrales, siendo un espectáculo curioso

ver grandes espacios de agua coronados de una cabellera de llamas.

Quando el cocodrilo de aquellas regiones ha adquirido todo su incremento, tiene de veinte a veinte y cinco pies desde la cabeza a la cola, su cuerpo es grueso como el de un caballo, y el réptil tendría exactamente la forma del lagarto común, si su cola no fuera comprimida por ambos lados como la de los peces. Su cuerpo está cubierto de escamas que resisten la acción de las balas exceptuando dos puntos vulnerables inmediatos a la cabeza y las patas. Su cabeza tiene cerca de tres pies de largo; sus narices son anchas, y la mandíbula superior es la única móvil, abriéndose en ángulo recto sobre la inferior: gruesos dientes semejantes a las defensas del jabalí que se ven salir por debajo de la primera, dan al monstruo un aspecto terrible.

La hembra del caiman pone en tierra huevos blancos, que cubre con yerbas y cieno, elevándose su número algunas veces hasta ciento. Estos huevos forman con el légamo de que están cubiertos, pequeños montoncillos de cuatro pies de altura por cinco de diámetro en su base, y el sol y la fermentación de la arcilla hacen abrirse los huevos. Una hembra no distingue los suyos de los de otras, y una sola toma a su cuidado la custodia de las incubaciones del sol. ¿No es singular hallar entre los cocodrilos los hijos comunes de la república de Platon?

El calor nos sofocaba: navegábamos por entre las lagunas, y nuestras canoas hacían agua a causa de haber derretido el sol la paz del bodge. Frecuentes bocanadas abrasadoras venían con frecuencia de la parte del Norte, y nuestros corredores de bosques predecían una borrasca, porque la rata de las sábanas subía y bajaba incesantemente de las ramas de la encina-verde. Los mosquitos nos atormentaban de una manera espantosa, y en los sitios bajos y húmedos se distinguían fuegos fátuos.

Pasamos la noche muy mal a la intemperie, sin ajoupa, en una península formada por las lagunas, y en la que la luna y los demás objetos se veían confundidos en una niebla roja. Por la mañana cesó la brisa, y nos reembarcamos para tratar de ganar un lugar indio a algunas millas de distancia; pero nos fue imposible surcar por largo tiempo la corriente, y nos vimos obligados a desembarcar en la punta de un cabo cubierto de árboles, desde donde descubrimos una vista inmensa. Ligeras nubes aparecían alternativamente por debajo del horizonte hacia la parte Nord-Este, y se alzaban con lentitud por el cielo; preveíase una tormenta, y dispusimos un abrigo lo mejor que pudimos, con ramas de árboles.

El sol se nubla, y se escuchan los primeros retumbos del trueno: los cocodrilos responden a ellos con un sordo rugido como si un trueno respondiera a otro trueno. Una inmensa columna de nubes se extiende por la parte de Nord-Este y por la del Sud-Este; el resto del cielo se pinta con un color de cobre súcico y semitransparente, parecido al colorido del rayo. El desierto se ilumina con una luz falsa, y la tempestad suspendida sobre nuestras cabezas y próxima a estallar, ofrecen un cuadro lleno de grandeza.

La borrasca empieza, y para formarse una idea exacta de ella se puede imaginar un diluvio de fuego, sin viento ni agua; un olor de azufre llena la region del aire, y la naturaleza se ilumina como al resplandor de un incendio.

Inmediatamente se abren las cataratas del abismo; las gotas de agua caen con tal precipitación y tan espesas, que sus moléculas se unen, y un velo de agua confunde las nubes con la tierra.

Los indios dicen que el ruido del trueno es producido por aves de un tamaño desmesurado que se bañan en el aire, y por los esfuerzos que hace un viejo para vomitar una culebra de fuego; y en prueba de

esta aserción, muestran árboles donde el rayo ha trazado la imagen de una serpiente. Acontece con frecuencia que las tormentas incendian las selvas, y en este caso, el incendio no se extingue hasta que encuentra la corriente de algún río, convirtiéndose en lagos y pantanos estas selvas abrasadas.

El chorlito cuya voz se escucha en el cielo en medio de la lluvia y el trueno, nos anuncia el fin de la borrasca; y desgarrando el viento las nubes que vuelan quebradas á través del cielo, las siguen el trueno y los relámpagos íntimamente unidos á sus flancos: el aire se hace frío y sonoro, y solo quedan de aquel diluvio gotas de agua, que caen á manera de perlas de las hojas de los árboles. Nuestras redes y provisiones de viaje flotan en las canoas, llenas de agua hasta la escotadura de los remos.

El país habitado por los Creeks (confederación de los Muscogulgos, Siminoles y Queroqueses), es encantador. De distancia en distancia, la tierra está taladrada por una multitud de recipientes que se llaman pozos, y que son mas ó menos anchos y mas ó menos profundos, segun el caudal que reciben por las comunicaciones subterráneas que tienen con los lagos, pantanos y ríos. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montañuela plantada de los árboles mas bellos, y cuyos cóncavos senos, se asemejan á las paredes de un vaso lleno de un agua pura. Brillantes peces nadan en el fondo de sus aguas.

En la estación de las lluvias, las sábanas se convierten en lagos sobre las cuales se elevan á manera de islas los montecillos de que acabamos de hablar.

Cuscowilla, aldea siminola, está situada sobre una cadena de colinas arcillosas, á cuatrocientas toesas de un lago: unos abetos separados unos de otros y tocándose solo por las copas, separan el pueblo y el lago, y entre sus troncos, á manera de columnatas, se distinguen varias cabañas, el lago y sus márgenes, unidas por un lado á las selvas, y por otro á las praderas. No de otro modo se muestran el mar, el llano y las ruinas de Atenas, á través de las columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico.

Difícil sería imaginar cosa mas hermosa que las cercanías de Apalachuela, la ciudad de la paz. Saliendo del río Chata-Uche, el terreno se eleva progresivamente apartándose del horizonte por el Occidente; pero no por medio de una pendiente uniforme, sino por una especie de plataformas sobrepuestas unas á otras.

A medida que se adelanta por aquellas especies de terrados, los árboles cambian segun la elevación del suelo: al borde del río se crían encinas-sauces, laureles y magnolias; mas arriba sasafrás y plátanos; despues pinos y nogales, y en el último terrado está plantado un bosque de encinas, entre las cuales se observa la especie que cria largos musgos blancos: esta selva está coronada por rocas desnudas y quebradas.

Multitud de riachuelos descienden serpenteando de aquellas rocas, y ora corren entre flores y verdura, ora caen en cristalinas cascadas. Cuando colocado al otro lado del río Chata-Uche se descubre aquella vasta escalinata, coronada por la arquitectura de las montañas, se creería ver el templo de la naturaleza y las magníficas gradas que conducen á aquel monumento.

Al pié de este anfiteatro hay una llanura donde pacen rebaños de toros europeos, escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y ciervos, batallones de grullas y pavos, que á manera de mármoles cubren de blanco y negro el fondo verde de aquella sábana. Aquella asociación de animales domésticos y montaraces, y las chozas siminolas donde se descubren los progresos de la civilización á través de la ignorancia india, acaban de dar á aquel cuadro un carácter peculiar.

Aquí termina propiamente hablando el *Itinerario* ó

la Memoria de los sitios recorridos; pero quedando en las diversas partes del manuscrito una multitud de detalles acerca de las costumbres y usos de los indios, he reunido estos detalles en capitulos comunes, despues de haberlos revisado cuidadosamente, y unido á ellos mi narración hasta la época actual. Despues de treinta y un años que han transcurrido desde mi viaje, las luces y las cosas se han modificado, así en el Antiguo como en el Nuevo-Mundo; y estos acontecimientos naturalmente habian de modificar las ideas y rectificar los juicios del escritor. Antes de pasar á las *Costumbres de los salvajes*, me será permitido trasladar algunos bosquejos de *Historia Natural* de la América Septentrional.

HISTORIA NATURAL.

CASTORES.

Quando se observan por primera vez las obras de los castores, no se puede menos de admirar al que enseña á una pobre y pequeña bestia el arte de los arquitectos de Babilonia, y nada mas frecuente que enviar el hombre, tan arrogante con su genio, la escuela de los castores.

Estas admirables criaturas buscan un valle donde corra un riachuelo, que atajan con una calzada: el agua, encontrando aquel obstáculo, se eleva y llena bien pronto el intervalo comprendido entre las dos colinas, y en este depósito construyen los castores sus habitaciones. Detallemos la construcción de la calzada.

Por cada uno de los lados opuestos de las colinas que forman el valle, empieza una serie de empalizadas entrelazadas con ramaje y revestidas con una especie de mortero. Esta primera serie de trabajos está resguardada por otra, colocada á quince piés mas atrás de la primera, y el espacio que media entre ambas está colmado de tierra.

El dique continúa avanzando con igualdad por ambos lados del valle, hasta que no queda ya mas que una abertura de unos veinte piés de largo en el centro; pero como en este punto la corriente obra con energía, los ingenieros cambian los materiales, y para evitar una catástrofe, refuerzan por el centro estas construcciones hidráulicas con troncos de árboles apilados unos sobre otros, y ligados en conjunto por un cemento parecido al de las empalizadas. Este dique, que con mucha frecuencia tiene cien piés de largo, por quince de alto y doce de ancho en su base, disminuye de espesor en una proporción matemática á medida que se eleva, terminando en un plano horizontal de tres piés superficiales.

La parte de la calzada que está opuesta al agua, va bajando gradualmente en declive, mientras que la parte exterior conserva un perfecto aplomo.

Previsto todo esto, el castor calcula por la altura del dique, cuántos piés tendrá su habitación futura, y sabe que pasado determinado número de piés, no debe temer los efectos de la inundación, porque aunque la hubiese, pasaría sobre el dique. Por consecuencia, una morada que supere aquel dique le proporcionará un asilo en las grandes crecidas: algunas veces además practica una esclusa de seguridad que abre ó cierra segun las circunstancias.

El artificio de que se valen los castores para derribar los árboles, es sumamente curioso; debiéndose observar cuidan siempre de elegir los que se hallan á la orilla de algún río. Un número de trabajadores, proporcionado á la importancia de la obra que se trata de emprender, roe sin descanso las raíces, poniendo especial atención en no cortar el árbol por

la parte de tierra, sino por la del agua, á fin de que cuando caiga lo verifique sobre la corriente. Un castor colocado á alguna distancia, advierte con un silbido á los leñadores el momento en que se inclina la copa del árbol atacado, á fin de que se preserven de la caída; y cuando esta se ha verificado, los obreros arrastran el tronco, á manera de balsas, hasta sus ciudades; no de otro modo hacian bajar los egipcios por el Nilo los obeliscos labrados en las canteras de la Elefantina, para embellecer sus metrópolis.

Los palacios de la Venecia del desierto, construidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro y hasta cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio, elevado sobre sólidas estacadas, queda descubierto en los dos tercios de su altura, sosteniendo las seis estacas clavadas en el cauce del río, el primer pavimento formado de varetas de abedul, cruzadas unas con otras. Sobre este piso se eleva el vestíbulo del monumento, y las paredes de él, encorvadas y redondeadas en bóveda, se cubren con una arcilla pulida como el estuco. En el pavimento del pórtico hay practicada una trampa por la cual bajan los castores á bañarse ó á buscar las ramas de álamo que les sirven de alimento, y que se hallan amontonadas en un almacén común construido debajo del agua, entre las estacas que forman el cimicento de las diversas habitaciones. El primer piso del palacio sustenta otros tres formados de la misma manera, pero divididos en tantos departamentos cuantos castores hay, no pasando generalmente de diez ó doce, divididos en tres familias; estas familias reunidas en el vestíbulo ya descrito, comen en compañía, observándose por do quiera el mayor orden y regularidad. Además del piso del baño hay otras dos salidas para las diversas necesidades de los habitantes: todas las habitaciones están tapizadas de retoños de abeto, y en ellas no se tolera la menor suciedad. Cuando los propietarios van á su casa de campo, edificadas á la orilla del lago, y construidas como la de la ciudad, nadie se atreve á ocupar el lugar que les corresponde, quedando vacío su departamento hasta que vuelven. En la época en que se derriten las nieves, los ciudadanos se retiran á los bosques.

Así como hay una esclusa para los casos en que el río viene con todo el lleno de las aguas, hay tambien un camino secreto para la evacuación de la ciudad, á semejanza de los subterráneos de los castillos góticos abiertos debajo de las rocas, que desembocaban en la campiña.

Hay además de todas estas construcciones, habitaciones destinadas á los enfermos. ¡Y un animal débil é informe termina trabajos tan sorprendentes, y medida cálculos tan exactos!

Hácia el mes de julio, los castores celebran un consejo general, y en él examinan si convendrá mas reparar la antigua ciudad y la antigua calzada, ó si será mejor construir una ciudad nueva y un nuevo dique. Cuando faltan los viveres en la parte en que se habian establecido, ó cuando las obras han sido destruidas por la acción de las aguas ó las pesquisas de los cazadores, deciden formar otro establecimiento; pero si juzgan por el contrario que puede subsistir el primero, se sitúan de nuevo en las antiguas viviendas, y preparan las provisiones de invierno.

Los castores tienen un gobierno regular, y entre sus funcionarios, si así puede decirse, figuran los ediles, nombrados para vigilar por la conservación de la policía de la república. Durante el trabajo colectivo, se establecen centinelas para evitar toda sorpresa; y si algún ciudadano rehusa desempeñar la parte que le haya cabido en la distribución de las cargas públicas, se pronuncia contra él la sentencia de destierro, y mediante ella se ve obligado á arrastrar una existencia vergonzosa, metido en un agujero y retirado del resto de la especie. Los indios dicen que el cas-

tor perezoso, castigado de este modo, vive flaco y estenuado, llevando el lomo pelado como sello de ignominia. ¿De qué sirve á estos animales tanta inteligencia? El hombre respeta las bestias feroces y extermina los castores, como tolera los tiranos y persigue la inocencia y el genio.

La guerra no es desconocida por desgracia á los castores, pues con frecuencia se suscitan entre ellos discordias civiles, independientemente de las disidencias extranjeras que tienen con las ratas almizeladas. Cuentan los indios que si es sorprendido un castor merodeando en el territorio de una tribu que no es la suya, se le conduce inmediatamente á presencia del jefe de aquella tribu, donde es castigado por vía de corrección; pero si reincide, se le corta aquella cola que tan útil le es como medio de transporte y de construcción, y vuelve mutilado al seno de la amistad que se arma para vengar su injuria. Esta diferencia suele con frecuencia dirimirse por un duelo entre los jefes de ambas tropas, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, á manera del combate de los Curiaños y de los Horacios. ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas son generalmente sangrientas, y los salvajes que acuden para despojar á los muertos, han encontrado tendidos en el campo del honor, mas de quince de aquellos valientes animales. Los castores que han conseguido la victoria, se apoderan de la ciudad de los vencidos, y segun lo exijan las circunstancias, ó establecen en ella una colonia ó dejan una guarnición.

La hembra del castor concibe dos, tres y hasta cuatro hijos, y los alimenta é instruye durante un año. Cuando la población se ha acrecentado demasiado, los castores de corta edad van á formar un nuevo establecimiento, á manera de un enjambre de abejas escapado de la colmena. El castor vive castamente con una sola hembra, y es tan celoso, que algunas veces mata á su compañera, lo mismo por causa que por sospecha de infidelidad.

La longitud media del castor es de dos piés y medio á tres, y el ancho, medido de un lado á otro, de cerca de catorce pulgadas; puede llegar á pesar cuarenta y cinco libras, y su cabeza se parece á la de la rata; sus ojos son pequeños, sus orejas cortas, desnudas por dentro y velludas por fuera; sus patas delanteras solo tienen tres pulgadas de largo, y están armadas de uñas cóncavas y agudas; sus patas traseras, palmeadas como las del cisne, le sirven para nadar; la cola es plana, de una pulgada de espesor, y cubierta de escamas exájonas y dispuestas en forma de tejas como las de los peces, y usa de ella á modo de llana y carretilla. Sus mandíbulas, extremadamente fuertes, se cruzan como las hojas de una tijera, y cada una de ellas está guarnecida de diez dientes, de los cuales los dos incisivos tienen dos pulgadas de longitud, y le sirven para cortar los árboles, cuadrar sus troncos, arrancar su corteza y triturar las maderas tiernas de que se alimenta.

El animal por lo regular es negro, y muy rara vez blanco ó moreno; tiene dos pieles, la primera larga, cóncava y lustrosa, y la segunda formando una especie de vello sumamente delicado, crece bajo la primera, y es la que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años. La hembra es mas gruesa que el macho, y su piel tira mas á gris por el vientre. No es cierto que el castor se mutila cuando cae vivo en manos de los cazadores, á fin de sustraer á su posteridad de la esclavitud. Necesario es, pues, buscar otra etimología á su nombre.

La carne de los castores nada vale, de cualquier modo que se la guise; pero á pesar de esto, los salvajes la conservan despues de haberla curado al humo, y usan de ella cuando les faltan los viveres.

La piel del castor es fina sin ser cálida, razon por